

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

ATOMOS NEGROS

ATAVISMOS
ZOOLOGICOS

Cuando se viaja en tren, — me dijo mi amigo el turista, cuyas observaciones copio — las primeras horas se pasan alegremente. — Si los que viajan no sufren.

Presentaciones. Se intiman las amistades frías. Se jovializa el humor. Mutuos obsequios de pequeñeces: cigarros, fiambres, whiskey, sales, espejitos, bombones.

Se habla del viaje, del paisaje, del servicio de la línea, de la estación, del clima.

Poco a poco entra la calma: Unos sacan periódicos; otros, anteojos. Se traban en conversaciones de dos en dos, o tres. Unos abren los visillos, otros los bajan; cuales se acomodan a dormir; quien, bosteza; quien, cambia de asiento.

Todo se monotoniza: el ritmo de las ruedas, los bostezos de la máquina, el rápido pasar y pasar del paisaje, los decorados del carro; hasta las fisonomías de los compañeros.

Y el fastidio invade: los ojos se cansan de radios tan estrechos, si no hay flirfiteo; y en suave delirio se adormecen o abstraen todos, y ponen el ambiente y el aspecto interior de esa caja de gentes, como el de un furgón de presos, como el de una antecámara de enfermería, como de una prevención de policía. Todos están aburridos, abúlicos... y sinceros.

Esto es el momento: están felices todos los resortes que mueven el decorado facial para ocultar la trampa y los bastidores. Cada cual se cree solo. Y deja sincera a su faz expresar su expresión base.

Tengo la manía — sin causa — de viajar en ciertos vehículos, siempre de espaldas hacia el rumbo. No tiene fin meditado mi manía; es siempre elección involuntaria — no sé por qué. — Pero ya he visto que da ventajas:

Primera: que voy más solo, generalmente, y cómodo, por consecuencia. Segunda: que no me mortifican el polvo, la fusta, la chispa o el viento.

Tercera: que veo a mi sabor a todos los compañeros, de frente. Cuarta: que me evito soportar impertinencias a que se exponen el que va a espaldas de los demás, en un recinto estrecho. Quinta: que voy viendo mi equipaje. Sexta: que no entro a nadie del estado de mis ropas por el dorso. Séptima: que tampoco recibo sobre las mías la radiación del calor de las espaldas ajenas. Y octava: que llego con ocho metros de avance y puedo saltar primero.

Tiene sus ventajas el ir contra el sentido común?

En veces...

Comienzan el sopor... la monotonía... la morriña...

Los párpados, los labios, las orejas, las cejas, las narices, los bigotes, los brazos, los codos, los gabinetes, las alas, los velos, las viseras, todos los, todos felices, son felices a medio caer. Es el punto de la sinceridad expresional.

EL DIA QUE ME QUIERAS...

El día que me quieras tendrá más luz que Junio, la noche que me quieras será de plenilunio con notas de Beethoven gimiendo en cada rayo sus inefables cosas, y habrá juntas más rosas que en todo el mes de Mayo.

Mil fuentes cristalinas irán por las laderas saltando cantarinas el día que me quieras.

El día que me quieras, los sotos escondidos resonarán de cantos nunca jamás oídos.

Éxtasis de tus ojos...! Todas las primaveras que hubo y habrá en el mundo, serán cuando me quieras.

Cogidas de la mano, cual rubias hermanitas, luciendo galas candidas irán las margaritas por montes y praderas delante de tus pasos el día que me quieras.

Y si deshojas una... te dirá su inocente postrer pétalo blanco: APASIONADAMENTE.

Al reventar el Alba del día que me quieras tendrán todos los tréboles cuatro hojas agoreras,

y en cada estanque, nido de gérmenes ignotos florecerán las místicas corolas de los lotos.

El día que me quieras será cada celajo ala maravillosa, cada arbol miraje de las mil y una noches, cada brisa un cantar, cada árbol una lira, cada monte un altar.

El día que me quieras para nosotros dos cabrá en un sólo beso la beatitud de Dios!

Tengo en frente un museo, una sala de estudio, un grupo de modelos, una colección de espécimens.

Esta vez se me ha antojado mi carro, un carro del Circo Barnum, una jaula zoológica. Porque no sé por qué — me acordé de un escultor genial de un drama de Ibsen: el tal excéntrico, famoso por la exactitud del parecido que daba a sus bustos, tenía dos gulerías gemelas, de los mismos modelos. Y era: que de cada busto de algún notable; que tallara, hacia dos: uno — el de entrega — fiel trasunto del dueño; pero otro — el de su colección — un animal, también fiel retrato del modelo. ¿Cómo eso?

Así: Porque el extravagante estaba imbuido de que cada cabeza humana tenía exactamente todos los trazos correspondientes a otra de algún irracional, con el cual tenía también similitudes instintivas.

Y cierto: Un rasguño más o menos acentuado; una línea imperceptiblemente prolongada, acurvada, acortada o angulizada; un ángulo más o menos desviado, una nimiedad, al parecer, da en cada rostro, fuera muy bello, fuera muy clásico, si nos abstraemos un poquito de la pátina de la ilusión o el afecto, una cara de animal. ¡Oh! ese chiflado de escultor era un observador sutil!

A mí, desde que supe eso, no hay fisonomía en que me falle. Salvo que no atine con el antecedente, o no lo reconozca.

El primer tipo me lo ofreció mi inmediato vecino fronterizo, y vi que el Reino de Libia había estimado bueno enviarnos de Plenipotenciario un magnífico ejemplar de león, "para cultivar las buenas relaciones que, felizmente... etcétera".

Quizá por la humanización en que este león se encontraba, no era sino un león desdentado, si melencundo; vulgarón y ladino, de ojos felinos, eso sí, y de voracidades no sé si diplomáticas o de desierto; por lo que era verdad que en la primera estación le había visto engullir vorazmente tres rossbeoffs que había pedido al mozo: — "Destilando sangre...!" Pero lo había rociado con champañita, lo que probaba su adelanto en la carrera humana. Y en la diplomática.

Dormitaba. No sé si mi prejuicio era el que me hacía oír en sus ronquidos las metálicas notas de los leoninos rugidos, que parecían salir de una gran ocarina o de un jarrón de bronce de estrecha boca.

Por una chistosísima coincidencia, el Secretario de la Embajada, que rebullía detrás de él, espantándole las moscas, era todo un ratón, con su hocico prolongado, sus agudos caninos, sus bigotes ralos e hirsutos, sus ojos vivísimos, sus orejas empujadas y diáfanas, su vocellita meliflua y su movilidad rutilante. Los dos hacían una fábula viva. Sólo que aquí el ratón era capaz de engullirse al león; Como todos los canchilletes.

Seguía una grulla con sombrero y velo, que hacía en esta jornada de la vida el rol de esposa del Plenipotenciario León; y una gentil girafa que había nacido de esta singular progenie, para figurar de hija

del ex-rey del desierto, y de novina — probablemente — del sutil ratón hecho Secretario en la diplomacia de los seres superiores.

Una gallina en estado interesante, — es decir: en esa magestuosa solemnidad de reina con que se arrepuja en el nidal, en el acto más noble de la vida, según los partidarios de la fecundidad — cacareaba, durmiendo, a pretexto de ronquido, en otro asiento a mi derecha; y hasta me pareció que de cuando en vez escarbaba a hurtadillas precipitadamente en la estera de la butaca. Era muy aficionada a las habas tostadas, a los guisos del maíz y de otros granos, según me dijo al brindarme, antes, unos de mani, tostados, y de almendras garapiñadas que llevaba en un saqueto.

Un chiquitín que había prestado su busto a un vampiro — o viceversa — para esta faz de su evolución, se divertía chapoteando el dorso de la mano para succionarse la sangre que le manaba de un desgarror; en tanto que Su Ilustrísima un batracio, que ahora ejercía de episcopo, sonreía socarrón, las manos abiertas como arañas sobre el vientre orondo, prolongando las comisuras de sus enormes labios en media luna, hasta las veindós de los lóbulos.

En la búdica actitud del buho, meditaba inmóvil y se balanceaba rígida a los vaivenes del carro, una Matrona con prece de pía, cuyos ojos circulares y sin luz parecían dormir abiertos en los fondos de sus pupilas vellosas, pared por medio de una nariz buda como daga, corva como hoz.

Ignoro si tendría también similitudes características o instintivas; pero sí presumí que esa señora durmiera muy poco por la noche, y que — quizá por su piedad — fuera aficionada a visitar los campanarios.

Un cerdo y un buey, amodorrados, hablaban de negocios. Y un nervoso pensativo casi picoteaba a una dulce morronga que de vez en cuando le enarababa el lomo al sentir la garra del seductor deslizarse por la cola; pero que de repente daba un saltito haciéndola ¡ful, enfurruñada no sé por qué.

Y así, al través de la neblina que se nos hace cuando la mente se abstrae, según viendo focas y loros, gatos y cigüeñas, lagartos y zorras, vacas, asnos, águilas, simios, atunes, canes, cabros, corderos, etcétera... qué sé yo. Muchos había a los que no alcanzaban mis ignorancias de Zoología; pero que, indudablemente, eran rostros reminiscentes. Lo que anoté de importantísimo es que no hallé ninguno con remembranzas antidiáfanas; lo cual estimé como prueba de un innegable progreso de las especies.

Casi sentí terror: parecían que viajaba con un circo. Pensé en el Area — y no sé por qué asociación brusca de ideas — pensé en la sociedad.

Hacia el fondo del carro había un espejo.

Horror!...! No quise mirarme. Quisé con quién me encontraría! Aunque ya tenía mis sospechas. Imparcialmente: Ante otros espejos me había visto con mis bigotes ralos, mis patillas, mis labios prominentes tirando a trompa y mis ojos vivos... ¿qué dirás tú? Un perro de aguas! Menos mal: porque no ladro, ni nuerdo. Ni soy servil.

Ah! Pero soy veloso. Y me haño mucho, eh? ...

Una pitada y una sacudida pusieron en danza todo el escenario: Todos los telones se plegaron al tope, todos los muelles faciales se pusieron en actividad, y todas las caras fundamentales se trocaron en móviles caretas que apenas dejaban pillar los más salientes rasgos del prototipo.

Eramos HOMBRES. Habíamos LLEGADO A UNA ESTACION. Modesto Chávez Franco.

MORIR JOVEN

El hombre querido de los dioses muere pronto ¡oh Pombeño! El más dichoso es el que, sin pesares en la vida, habiendo sólo contemplado sus hermosos espectáculos, el sol, el agua, las nubes y el fuego, regresa prontamente al sitio de donde ha venido. Lo que vivió, vivió un siglo o viva pocos años, lo verá siempre lo mismo, y no verá nada más hermoso. Considera la vida como un viaje y al mundo como a una feria extranjera, un sitio de emigración para los hombres. Si partes de los primeros, tu viaje es el mejor; te marchas provisto de lo necesario y sin tener enemigos. El que tarda en partir se fatiga y pierde sus recursos. Envejece, cae en la indigencia, encuentra enemigos que le tienden redes, y se marcha penosamente, porque ha visto demasiado.

La señorita Frivolidad



CRUZABA en un landean tirado por dos caballos blancos; al pasar oyó se un frufú de sedas y de encajes, y un grato perfume de jazmín y violeta inundó el espacio. La Srta. Frivolidad iba de fiesta. Gusta de divertirse esta reina galante. La encontramos en todos los lugares donde las gentes se dedican a reír y gozar. Va y viene por los salones aristocráticos, por las carreras de caballos, por los paseos públicos, con su eterna sonrisa; jamás llega a la carcajada, porque sería de mal tono. Además, la señorita Frivolidad odia las emociones fuertes. Mide la alegría y huye de dondequiera que el dolor sienta sus reales. No cree en nada, aunque aparenta creer en todo. Sus creencias son las establecidas por anteriores generaciones. No las discute, porque tendría que pensar largo y hondo; pensar largo la cansa; pensar hondo sería, según ella, perder un tiempo demasiado precioso. Sus ideas son ligeras, rumorosas; tienen algo del suave frufú de sus vestidos.

La señorita Frivolidad lee novelas y va al teatro y se dice amante del arte, y hasta, algunas veces, coge la pluma y la deja ir sobre las cuartillas. Sus escritos son de lenguaje correcto y elegante, entretenidos; claro que nada interesante nos dicen, que no hay en ellos ni una frase que nos lleve al corazón o al cerebro. Los leemos de prisa, cortos momentos nos deleitan y si, a las pocas horas, nos preguntan qué tal nos parecieron, sólo podemos contestar: "Muy bonitos, muy bien hechos", pero sin acordarnos siquiera de lo que decían. El teatro? Odia el drama por demasiado triste, como el sainete por demasiado alegre; prefiere la comedia de medio tono, donde todo se desliza mansamente, serenamente, como las aguas de un lago meditando por una brisa matinal.

Dase a veces a las aventuras galantes, pero no a las que significan una pasión de esas que hacen reír mucho y llorar mucho también. Sus aventuras son pacíficas; llegan sin deseos grandes y se acaban sin ningún dolor. Su beso de amor no es ese beso largo que acaba por herir, es un beso sin sonoridad que apenas si sale de los labios.

La señorita Frivolidad es cortada por toda la juventud contemporánea. Por tenerla contenta y inimitable, hoy reina y señora del mundo. Entrega sus caricias al joven que se las demanda luego le suelta de sus brazos, extenuado por los placeres sin placer, por las alegrías sin alegría, robándole la carcajada loca de los veintitantos años, dejando, en cambio, grabada en el rostro de un admirador su sonrisa eterna, esa sonrisa tan elegante, tan estética... tan vacía de sentimientos.

He tenido ocasiones de hablar con

algunos de sus jóvenes cortosanos; he tratado de hacerles comprender que la vida no es la que ellos se empeñan en vivir, que la vida es plenitud de goce, plenitud de dolor, una cadena eslabonada de emociones que continúan nuestro corazón y nuestro cerebro; les he hablado de luchar, de estudiar el ruinoso peso de la vida, para levantar sobre él los cimientos de un mundo por venir. Al escucharlos, lo han hecho sorprendidos, extrañados, y con su sonrisa burlona me han ido respondiendo lo mismo.

¿Gozar mucho? ¿Para qué? Los gozos intensos conducen al dolor, y el dolor hay que evitarlo. Las emociones fuertes son siempre molestas; es preferible una vida tranquila, un poco egoísta. La lucha fatiga, hay que ser vencedor o vencido. El vencedor tiene, luego de ganar la batalla, hondos preocupaciones; ha de meditar la forma de emplear la victoria, ha de sostenerse en el sitio a que ésta le llevó y soportar injurias y envidias de los vencidos que sobrevivieron a la derrota. Si se es uno de éstos, hay que sufrir escarnios y penas sin medida. Si el pasado es ruinoso, mejor es no volver los ojos para contemplarlo. ¿El porvenir? Al hablar del porvenir encogense de hombros. ¿Qué importa el porvenir? Lo interesante es vivir el presente lo mejor posible y el que venga detrás que arrée... Frase poco académica, pero muy elocuente. ¿La Humanidad? ¡Bah! La Humanidad! Que cada cual cuide su huerto, que el huerto común es demasiado grande y son muchos los jardineros.

Al oír a esta juventud también yo quedé extrañado y sorprendido; sólo que no doy en reír burlonamente; una gran amargura se apodera de mí y me pregunto: ¿Qué va a ser del mundo si la juventud, indiferente a todo, hace un castillo egoísta donde se encierra cada individuo, sordo a los alaridos que vienen de fuera, ciego a los problemas que ofrece el estado social contemporáneo?

Y he acudido al último extremo para ver si sus corazones despertaban. Les he hablado de la guerra, y no sabían nada de cuanto sucedía. Habían oído decir que el mundo se estremecía y se tambaleaba empujado por una terrible catástrofe, pero temerosos de emocionarse demasiado, no querían enterarse de más. Entonces les he relatado episodios de la tragedia universal; les he recordado los millones de hombres muertos; les he hecho pensar en las madres gimientes... Ellos me han escuchado con la boca abierta, y un poco acobardados, temerosos de perder la unanimidad de sus ideas, me han señalado a una dama que, lanzando un frufú de sedas y de encajes y un grato perfume de jaz-

min y violeta, cruzaba en un landean tirado por dos caballos blancos.

— ¡Cállense usted! — me han gritado. — Allí los que matan y los que mueren. La señorita Frivolidad va de fiesta. Hay que acompañarla. Silencio, que no gusta de emociones fuertes.

Joaquín DICENTA (hijo).

LA PROFESION LITERARIA

La profesión literaria, que tú sueñas camino de gloria, es muy dura, joven iniciado.

Ante todo, las gentes se preocupan mucho de eso que llaman la "esencia" del escritor. Si escribes con la serena unión de Fray Luis, la graciosa frescura de vino añejo del divino Marqués de Santillana, o la pureza del hondo Jorge Manrique, te llamarán desenterrador de momias y arcaizante; si lo haces con la ingenua sencillez de los primitivos, sin oropeles, sin flores retóricas ni mito-

DE "CAMPEÑAS"

Como una vieja enferma, como una dolorida y anémica hospiciaria se arrima a los rincones de la puna la tarde triste, pensativa y cana.

Silente se recoje la laguna en sí misma, y el aura asaz ufana, con arrullo de amores importuna al pálido cristal de la fontana.

Las flores agonizan, y las hojas para dormir inclinanse calladas, como virgen que muere de congojas....

Mas, cantando lo extraño del viaje, las golondrinas cruzan en bandadas la soledad inmensa del pasaje.....

R. Romero y CORDERO.

EL REMANSO

A José Enrique Rodó.

Bajo el arco fresco del ramaje umbrío, de los arrayanes que bordan la orilla entre la guirnalda florecida, brilla como una pupila de esmeralda el río.

Y es la transparencia de sus aguas puras, inmovilizadas, tan serena y honda, que se unen la fronda sonora y la fronda del cristal, formando dos grutas oscuras.

Del airón altivo de una palma enhiesta oculto en los flecos, con trinos de fiesta modula un sinsoto sus claras octavas,

mientras doblegadas amorosamente, con leve murmullo besan la corriente los penachos líricos de las cañas-bravas.

Dulce María Bonero de LUJAN.